



LE PARISIEN.

Costumes des Ateliers de Mr. M. Barde, Schmitz, & Duvallier, 12, Rue de Choiseul,
Bureaux du Journal de la Mode de Madrid

PARIS.

LONDON, published at the Moniteur de la Mode Office by FEUILLET-DUMUS,
15 Greek Street Soho Square.





Jules Warré

Bureau de la Mode

LE MONITEUR DE LA MODE.

Journal du Grand Monde

Coiffures de la Maison S. Laurent et Sain, 15 rue de la Paix, Chapeaux

d'Alexandrine, 14 rue d'Antin, Dentelles de Violard, rue de Choiseul, Gants Brecoot, fleurs Mertens.

Corsets de M^{me} Goussier, 101, rue Montmartre

Bureaux ~~Aux Champs~~ 13 Rue de la Harpe

PARIS.

NEW-YORK. E. B. Strange et Brother.

LONDON, at the Moniteur Office F. DUMUS 15 Greek Street Soho.



MODAS.

De Señora. Muchas bodas deben de verificarse en París de poco tiempo á esta parte, si hemos de juzgar por los figurines ó trages de novia que nos regalan sin cesar en el *Monitor de la Moda*, que es el primero y mas atendible periódico entre las elegantes de aquella capital.

Aun no hace dos meses que nuestras amables suscriptoras recibieron un modelo de este trage especial, y ya hoy volvemos á presentarles otro, cuya novedad sin embargo debe llamar su atencion.

El grabado, número 145, que acompaña á esta entrega de LA ELEGANCIA, contiene dos figuras. La de la derecha, que representa una novia con el vestido de boda y en el acto de ir á firmar los contratos matrimoniales, lleva un velo largo hasta el bajo de la falda, de tul liso, blancó, guarnecido con un encage estrecho, y en cuya parte superior se debe pegar un hilo muy fino de alambre para darle sobre la frente un poco de consistencia, haciéndole formar cofia mas ó menos hueca.

El vestido de corpiño, con la cintura muy poco mas baja que la natural, es de tafetan de Italia ó gró blanco, liso; en la falda se sobrepone dos guarniciones de encage, ancho por lo menos de tercia á tercia y media, las que han dado en el capricho de pegar formando pabellones, uno en la parte anterior, otro igual en la posterior, y dos pequeños iguales en los costados, coronando cada una de estas guarniciones con tres órdenes de bollos ó follados hechos de tul liso. Las mangas de este vestido, así como la berta seguida, que llaman *grañon*, son de encage floreado. El tocado se reduce á uno ó dos tirabuzones largos y gruesos á cada lado; un golpe de rosas blancas ó de color muy bajo sobre cada grupo de tirabuzones, y una corona de hojas de plata, sobrepuesta al velo y sujetándole.

La otra figura, que parece representar el papel de madrina, está vestida con uno de los trages de calle mas sencillos y elegantes que los directores de los periódicos de modas han visto en este mes á las bellas parisienses. Una capota de crespon blanco ó reseda, moderada en todas sus formas, pues ya van desterrándose las exageraciones de la primavera pasada, ceñida con tres ó mas canalones ó *rulós* de raso del mismo color, y cuyo único adorno es una pluma blanca que saliendo en la parte izquierda de entre el casquete y el *bavolét*, viene por detrás á terminar sobre la oreja derecha, formando caracol, y cuyo adorno interior es un plegado del mismo crespon, es lo que constituye todo lo relativo á la cabeza.

El vestido de tafetan (algunos se han visto de moaré) gris azulado, ó mejor lila, sembrado todo de hojitas, anillos, ú ojos color de cereza, bordados con bastante realce, es liso y sin cotilla; el cinturon lo forma una cinta igual al vestido, con los filetes bordados del mismo color de cereza. La pelerina *Odette* ha de ser corta, ceñida, y marcando bien la configuracion del pecho y de los hombros; así la representa el figurin, abotonada por delante y guarnecida de un *escalado* ó rizado de la misma tela. Las costuras del peto llegan á unirse del todo sobre la cintura; las mangas son dobles; la inferior ceñida, concluye con un encage que cae sobre la mano; la de fuera tiene una vuelta lisa, guarnecida de un rizado igual al del *Odette*.

De Caballero. El grabado del mes corriente de abril, que nos remite *El Parisien*, contiene, como todos los de este periódico, puesto hoy á la cabeza de los caballeros dandys ó elegantes, tres figuras, que aun cuando no ofrecen novedades notables, examinaremos detenidamente.

Levita, paletot y frac; hé aquí los tres trages admitidos en el dia por toda persona fina y acomodada: cada figura lleva uno de estos, siendo la única condicion rigorosa y comun á todos, el que las mangas terminen lisas, sin vuelta ni adorno alguno, y cubriendo la muñeca.

La figura de la izquierda lleva una levita cerrada de paño color de tabaco, sin embargo de que el azul sigue con gran predilección para esta prenda. La solapa es seguida ó de chal, y concluye en la mitad del tiro; desde su final hasta la cintura se colocan á distancias iguales tres orejas, presillas ó broches del paño mismo, ó de pasamanería. Las mangas, de una sola costura sobre el brazo, están pegadas en el hombro sin levante ni frunce visible. El corte de la cintura ha de formar alguna caída de adelante á atrás. El largo del faldon es hasta cuatro ó seis dedos sobre la rodilla. El chaleco liso y sin vuelta, como los ya conocidos; y el pantalon sin trabillas con un adorno ó junquillo por galon. El sombrero en esta figura es bajo, y con el ala de alguna mas salida que los que se gastan al presente.

La figura del centro lleva un paletot-redingote, de tela fuerte de lana mezcla, forrado todo de seda, pero sin entretela ni algodónado alguno; la solapa casi es tambien de chal, pues la incision ó corte que tiene al final del cuello ha de ser muy corto: esta solapa en general es del género del paletot; pero es mas elegante forrarla de seda. Debajo se vé una levita negra que nada nuevo ofrece. El pantalon de entretiempos á grandes cuadros vá sin trabillas, como el de la figura primera. El sombrero tambien conserva la misma forma.

La figura tercera, que ocupa el lado derecho del grabado, está vestida con trage de visita y calle: un frac color de aceituna, sin martillo, y redondeado de faldones, con la solapa ahuecada y bastante convexa, y el boton de metal dorado, pues los de acero vuelven á decaer visiblemente; desabrochado para poder lucir el chaleco de raso color de violeta muerto, sembrado de estrellitas ú ojos de oro, bordados ó tejidos, completa el vestido con un pantalon perla ó claro, á grandes cuadros, del mismo color.

El peinado no ha sufrido grande alteracion, si bien ya no se exagera tanto la huida.

Aquellos de nuestros suscritores que lo son á

dos figurines de caballero, verán en el segundo la espalda de estas tres figuras perfectamente delineadas, y en las que se marcan todas las piezas con la mayor claridad.

Además tienen en el reverso del segundo figurin los patrones correspondientes, que aunque en escala diez veces menor que el natural, llevan las acotaciones de las medidas necesarias.

Nosotros cuidaremos, mientras los figurines lo exijan, de darles siempre la espalda de los mismos; lo que sabemos nos agradecerán, por ser el mejor medio de hacer conocer la hechura completa de cada trage.

CASIMIRO DELAVIGNE.

Artículo 1.º

JUAN FRANCISCO CASIMIRO DELAVIGNE nació en la ciudad del Havre en el mes de abril de 1793. —El padre del futuro autor de las *Messenianas* era uno de los negociantes mas probos y estimados de este floreciente puerto: por fortuna, aunque un simple armador, Mr. Delavigne, padre, era aficionado á las letras, y envió á sus dos hijas á estudiar en París en el LICEO NAPOLEON.

CASIMIRO DELAVIGNE, que desde su entrada en este colegio se habia ya distinguido entre todos sus condiscípulos por los premios que habia obtenido en las diversas clases, acababa de pasar á la de Retórica cuando compuso una *Oda*, notable por su armonía y sublimidad, con motivo del nacimiento del Rey de Roma, en 1811.—Al año siguiente salió del Liceo el jóven poeta, y empezó á escribir con todo el entusiasmo de un primer ensayo una tragedia que tituló *Polixene*. Pero CASIMIRO DELAVIGNE estaba destinado, mas

que ningun otro, á experimentar cuán difíciles y escabrosos son los primeros pasos de la carrera dramática, y el sumo valor y perseverancia de que es preciso revestirse para vencerlos y llegar al término. Presentó su composicion al comité del TEATRO-FRANCES; pero se suscitaron tantos obstáculos á su lectura, y se hizo aguardar tanto la respuesta, que en el intervalo tuvo tiempo de escribir una segunda tragedia, *Las Vísperas Sicilianas*. Por fin, despues de dos largos años de temores é incertidumbre, el comité se dignó recibir al jóven autor, que se presentó desconfiado y modesto á leer sus *Vísperas*: el augusto Areópago se dignó tambien admitir la tragedia á *correccion*, con la añadidura y espresa condicion de que *no pudiese nunca el autor pretender ni exigir por esto que se representase*. No fué este el único rasgo cómico de la sentencia del comité; una actriz, cuyo nombre desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros, rehusó tomar parte en su representacion, alegando el plausible pretexto de que «sería indecente que se viese figurar en los carteles del TEATRO-FRANCES la palabrota *Vísperas*.» Felizmente algunos años despues el público vengó completamente á DELAVIGNE de los injustos fallos de sus jueces: en efecto, fué tal el éxito que obtuvieron *Las Vísperas Sicilianas* en el teatro del ODEON, que apenas bastaron trescientas representaciones á satisfacer al ansia con que el público corria á aplaudirlas.

CASIMIRO DELAVIGNE no podia olvidar fácilmente el desaire recibido en el TEATRO-FRANCES, y deseando castigar á los actores que formaban aquel comité, concluyó en tres meses la comedia satírico-burlesca titulada: *Los Cómicos*.

Los grandes acontecimientos políticos de 1815 vinieron á distraer á CASIMIRO DELAVIGNE de sus trabajos dramáticos, y sintiendo hervir en su pecho una noble indignacion, latir de entusiasmo su corazon de francés y de poeta, lanzó un grito de dolor en sus célebres *Messenianas*: *Waterloo*, la *Devastacion del Museo*, y la *Partida de los extranjeros* fueron sucesivamente los sublimes

asuntos en que bebió su inspiracion el jóven DELAVIGNE, y la Francia vió con asombro aparecer de repente entre sus hijos á un gran poeta.

En 1810, Picard, director del teatro del ODEON,—que reparado ya de los destrozos del incendio iba de nuevo á abrir sus puertas con el nombre de SEGUNDO TEATRO-FRANCES,—para probar al público que la ordinaria compañía dramática de S. M. merecia y podia ser honrada con una numerosa concurrencia, escogió precisamente para inaugurar este coliseo la tragedia condenada por los ignorantes actores de la calle de Richelieu: *Las Vísperas Sicilianas*; obteniendo el triunfo mas ruidoso y completo de que se conserva memoria en los fastos teatrales. El autor fué llamado á la escena, y recibió una verdadera ovacion: para que se forme una idea de su triunfo, diremos solamente que su tragedia atrajo durante todo un año al público parisien al teatro, dirigido por Mr. Picard.

Un año despues hizo representar MR. CASIMIRO DELAVIGNE su aristophánica pieza de *Los Cómicos*, y el 1.º de diciembre de 1821 comenzó con el *Paria* una segunda y gloriosa edicion, por decirlo así, de *Las Vísperas*.

Por este tiempo habian quedado vacantes algunos asientos en la ACADEMIA, y la opinion pública designaba unánimemente como el mas digno de obtener los sufragios de los treinta y nueve inmortales al ilustre autor de las *Messenianas*; pero los sentimientos patrióticos que habia mostrado éste eran sin duda harto mala recomendacion para el gobierno de entonces; así es que los académicos, cortesanos y amables como pudieran los familiares de las Tullerías, prefirieron á MR. CASIMIRO DELAVIGNE, el OBISPO DE HERMÓPOLIS, primero, y despues el ARZOBISPO DE PARÍS; de modo que cuando se hablaba á nuestro poeta de renovar la tentativa, contestaba riendo:—«¡No lo permita Dios! capaces serían, si me presentase tercera vez, de oponerme el PAPA.»

LA CRUZ DE SANTIAGO.

LEYENDA.

V.

El Duelo.

Era la noche tormentosa y fría,
Y entre las nubes que el cenit cruzaban
Al impulso de ráfaga bravía,
De la luna los rayos oscilaban:

Que cruzaban delante de la luna
Las nubes en fantástica carrera,
Reflejando su imágen importuna
Los limpios rayos á la azul esfera:

Pintando sus contornos el instante
Que á su paso se fijan por alfombra,
Blanca cinta de luz pura y brillante,
Que el resto ciñe de su informe sombra.

Y en el campo y objetos do posaban
De la luna los pálidos reflejos,
Espectros y visiones dibujaban,
Que huían presurosos á lo lejos.

Y de Arlanza las aguas mansamente
Bajo el áspero cierzo susurrantes,
Su imágen retrataban balbuciente,
Con fosfóricas luces oscilantes.

Y brillaba por fin resbaladiza,
Ya en el césped su luz, ó ya en la arena,
Redonda dibujando la ancha liza,
Donde la lucha despiadada suena.

—«A muerte debe ser» ronca exclamaba
Una voz, aunque débil, penetrante;
Y—«á muerte» con furor la contestaba
El airado rival con voz pujante.

Y rápidas se alzaron las espadas,
El aire hendiendo, y con pavor silbando;
Teniendo entrambas vidas amagadas,
Al descender la atmósfera cortando.

Un momento y no mas duró la lucha,
Que vino cruda á intervenir la suerte;
Pues lánguido un suspiro al fin se escucha,
Triste saludo de cercana muerte:

Y el vencedor con cólera agarrando
La izquierda mano del rival vencido,
Cercenóla de un tajo, levantando
La roja cruz que arrebató atrevido.

Caminó luego con incierta planta,
Ahogado el corazon de sentimiento,
Y en la bruma que al lejos se levanta
Despareció, cual desaparece el viento.

Lúgubre el cielo está, y el campo quedo,
Mas un nuevo doncel por él descende;
Observa cuanto fué, y huye, con miedo
De hallar verdad lo que misterio entiende.

VI.

Pasaron sin mas los dias.

Despues del ruidoso duelo
Que todo el pueblo temia,
Y cuyo triste final
Nadie sabe ni adivina;
Vióse á la bella Doña Ana
De largo crespon vestida,
Llorar con amargo luto
Una pena que la agita.

Corrian así las horas,
Y las semanas corrian,
Y Don Juan, cual tierno amante,
Siempre á adorarla venia:
Ni está sereno su rostro,
Ni es alegre su sonrisa,
Ni sobre su noble pecho
La cruz de Santiago brilla;
Y con su llanto la bella,
El galan sin su alegría,
Vuelto el pueblo conjeturas,
Mas conjeturas perdidas,
Y alzando y cayendo el sol,
Pasaron sin mas los dias.

Mas la memoria se pierde
Con el tiempo; y ya corrian
Muy cerca de doce meses
De la pasada desdicha.

Así Doña Ana á Don Juan,
 Pues Don Juan nada decia,
 De preguntarle hubo al fin
 Quién su enlace interrumpia.
 Y apenas lo oyó el galán,
 Cuando con dolor suspira,
 Y con vacilante voz
 En tales frases se esplica:
 —«Noble nació y caballero,
 »Hábito noble vestia,
 »Cuando la cruz de Santiago
 »Cruzando mi pecho iba:
 »Cual noble os enamoré;
 »Y mientras que no redima
 »Aquella insignia, que audaz
 »Me arrancó la suerte impía,
 »Ni puedo ser vuestro esposo,
 »Ni aun pensar en esa dicha.»
 —«Si la suerte os la arrancó,
 »Acaso la suerte misma
 »Os traiga la cruz, que tristes
 »Lloramos como perdida.»
 Callaron los dos al punto,
 Y callando, el tiempo huía.
 Y así en su llanto la bella,
 El galán sin su alegría,
 Y siguiéndose las horas,
 Pasaron sin mas los días.

VII.

La cruz rescatada.

Después del luto y del llanto
 Que á Doña Ana y á Don Juan
 Tanto padecer les dan
 Y tal dolor y quebranto;

Cumplido el año que fué
 Del duelo con Venavente,
 Ceñida en galas, la gente
 Absorta á Doña Ana vé;

Y no menos el doncél
 Al visitar á su amada,
 Fijó absorto la mirada
 Sin saber qué pasa en él.

El silencio fué á violar
 Del susto convaleciendo,
 Cuando dijo interrumpiendo
 Doña Ana, por abreviar:

—«Vuestro cuidado cesó,
 »Si admitís el don que os hago:
 »Es vuestra cruz de Santiago;
 »Quien la rescató fui yo.

»Porque tanto os llegué á amar,
 »Que para nunca perderos,
 »A cambio de no esponeros
 »Supe mi vida arriesgar.»

Lleno de amor, y admirada
 El alma, Don Juan fué á hablar,
 Y otra vez volvió á escuchar:
 «Es vuestra cruz rescatada.»

A. G.

DE LA INFLUENCIA

DEL CLIMA Y ALIMENTOS

SOBRE LA FISONOMIA HUMANA.

(Conclusion.)

Madrid, como patria comun y centro de toda la monarquía española, es el epílogo de todo lo bueno, mediano y malo que ella produce. Mas contrayéndonos ahora al sexo femenino, podemos asegurar que si bien se echa de menos en las mujeres que cruzan nuestras calles y paseos aquella generalidad de trages finos, blancos y costosos, y aquella suavidad, blancura y abundancia de carnes de que están dotadas las que viven en París, Londres, Viena, Petersburgo, Amsterdam y Berlin, tienen empero tanta demasía en atractivos aventajados sobre todas ellas, que solo pueden valuarlos las personas que han visto, probado y cotejado tan señaladas diferencias. En ninguna parte son las fisonomías tan animadas, ni tienen los ojos tanta lumbré, ni los movimientos tanta seducción, ni las costumbres tanta familiaridad.

Creemos que nos harán en esta parte justicia dándonos la razon todos los extranjeros que han visto á Madrid sin ojeriza. A ser comparables las madrileñas con las de alguna otra capital de Europa, lo serían en la espresion de su fisonomía y en su conformacion exterior con las de Constantinopla, donde tambien hay mucha variedad de hermosuras. Pero las costumbres de Madrid nos alejan mucho de poner en parangon nuestras hermosas con las de aquella ni ninguna otra capital de Europa.

Cruzadas aquí continuamente las familias de todas las provincias, renuevan y conservan el vigor, que naturalmente vá siempre debilitándose en las grandes poblaciones por el abuso de los placeres y por la molicie de las ocupaciones y de las costumbres, y sin cuya renovacion á vuelta de tres generaciones llegaría á ofrecer la degradacion de las capitales un espantoso espectáculo. Por esa razon es tan grata y amena la variedad de los semblantes, figuras y trages que adornan nuestras calles, teatros, templos y paseos. Las madrileñas, hijas regularmente de personas robustas de las provincias que vienen á establecerse en la capital, en pos de la fortuna ó de las conveniencias, reunen la buena conformacion física á los modales finos, á la jovialidad y á la familiaridad introducida en el trato de Madrid, hijo de la limpieza y despejo de su atmósfera. Cada dia van haciéndose mas aseadas hasta las mujeres vulgares y usando ropas mas finas. Son las naturales de Madrid bien formadas, de carnes suficientes, de buen pie, tobillo gracioso, y de recta y proporcionada configuracion: tienen buenos ojos y pecho; fisonomía sumamente espresiva; talle erguido y gracioso; movimientos airoso y fáciles. Y como de todas las provincias se agolpan en nuestras calles y paseos las hermosuras mas afamadas, podemos, sin temor de que nos desmientan, convencernos de que en esta parte no lleva ventajas sobre Madrid ninguna capital de Europa. Las castellanas de todas partes toman valimiento y se hacen interesantes con el trato

de la corte. En general, las mujeres todas que aquí habitan, á pocos años adquieren mucho despejo, y sin convertirse en literatas ni demasiado marisabidillas (que es la circunstancia mas desagradable que puede tener una mujer), se hacen de un trato ameno y entretenido.

Las fisonomías han ganado increíblemente desde el descubrimiento de la vacuna: las mujeres en particular deben vivir reconocidas al bienhechor de la humanidad Jenner, pues ya por maravilla se ven las deformidades espantosas que antes á cada paso ofendian la vista y lastimaban el corazon.

No será inoportuno añadir aquí una observacion.

Los peluqueros prefieren para sus obras como mas suave y menos quebradizo el pelo francés, inglés y holandés, al español; esto denota mejor cultivo, mas aseo, condicion mas suave y apacible de los moradores de aquellos paises.

La España participa y se resiente en todas sus cosas y producciones de la agreste rigidez de sus varios climas; de las montañas y riscos escabrosos que la componen, y del contraste demasiado fuerte entre el ardiente sol que la alumbraba, las pocas aguas que ni la riegan ni fecundan, los recios y destemplados vientos, las abrasadas y áridas llanuras, los ásperos y encumbreados cerros. Tambien en cambio de esto ofrecen estas desigualdades deliciosas pendientes, valles y vegas feracísimas, y muy variadas y risueñas perspectivas. De manera que todo es aquí riguroso, todo estremado, y dá lugar á infinita diversidad de trages, condiciones y calidades en personas, animales y vegetales.

EL SERRALLO.

Soliman II mandó construir el serrallo en el paraje mejor situado de Constantinopla, y en el mismo

sitio donde se echaron los primeros cimientos de aquella famosa ciudad, sobre una lengua de tierra de figura triangular, situada en la embocadura del mar Negro. El mar Egeo ó de Mármara baña dos lados de este triángulo, y el tercero domina la inmensa población que le sirve de perspectiva. El palacio tiene varias puertas hácia el mar, y otras por la parte de tierra; pero una sola está abierta y guardada por un número considerable de *capichis* ó guardas de la puerta, que se relevan alternativamente y están á las órdenes del bajá de cuartel. Seis bajás hay destinados para hacer el servicio por cuarteles, y el que lo desempeña tiene obligacion de quedarse de noche en el serrallo, donde ninguna persona puede entrar sin permiso del comandante de la guardia. Las demás puertas permanecen siempre cerradas, ó no se abren sino por mandado del Gran Señor y en casos extraordinarios.

La palabra *serrallo* significa *palacio*, y no debe confundirse con el *harem*, que es el paraje donde habitan las mujeres. Todos los turcos pueden poseer un harem, pero solo el príncipe tiene un serrallo, que no se reduce, como vulgarmente se cree, á los aposentos de las esposas ó concubinas del sultan, sino que comprende una multitud de edificios y jardines, separados unos de otros y encerrados en el mismo recinto. El palacio principal es la habitacion del Gran Señor; y los demás edificios son para su servidumbre, para las diferentes personas que componen su corte ó para los varios establecimientos que constituyen parte de la organizacion del imperio.

El área de todo el edificio es tan vasta que podrá tener dos leguas y media de circunferencia, con las siguientes separaciones:

El palacio del Gran Señor.

La mezquita.

El salon donde se depositan los tesoros de los sultanes fallecidos.

El salon del divan ó gran consejo, con sus oficinas y archivos.

Dos colegios para los esclavos jóvenes que se educan por cuenta del estado; uno para los niños, y otro para los adultos.

Dos colegios para las esclavas jóvenes (odaliscas) que se educan por cuenta del estado; uno para las niñas, otro para las de mayor edad.

Los cuartos, ó por mejor decir, los pequeños pa-

lacios de las favoritas, de las sultanas y de sus hijos de corta edad.

Los aposentos de las primeras dignidades de los eunucos agregados á la servidumbre imperial.

Los alojamientos de los secretarios, archiveros, profesores y otros individuos, todos eunucos, empleados en el servicio interior del serrallo.

Estas diversas casas ó habitaciones tienen grandes jardines, proporcionados al rango de las personas que las ocupan, y unas caballerizas de tal estension, que las del sultan solamente contienen siempre dos mil hermosísimos caballos turcos, árabes, y persas.

En lo interior del serrallo no se vé ningun hombre armado, ni cuerpo alguno de tropa de línea: no se permite que haya armas blancas ni de fuego, y únicamente los *bostangis* ó jardineros son los que hacen la guardia en palacio; pues aunque van de servicio al serrallo algunos soldados durante las sesiones del divan, no pasan de los patios exteriores, y entran de centinela con un baston en la mano.

Todo lo relativo al sistema establecido para la servidumbre, ceremonias, etiqueta y orden interior del serrallo, es absolutamente distinto de cuanto se practica en las cortes europeas; pues en este punto, como en otros, es el pueblo turco de los mas originales que existen en el universo.

SULTAN Ó GRAN SEÑOR.

Muchos historiadores han dado este nombre á Otoman I: pero segun los mas instruidos fué su hijo Orcan el que, dejando el título de *emir* que hasta entonces habian tenido todos los sucesores de los califas, tomó el de *sultan*. Mignet dice que este emperador subió al trono de edad de 35 años, usando desde luego de mayor pompa y aparato que su padre; que introdujo en su corte el fausto y la magnificencia, y que mandó que le llamasen *sultan*, cuyo título empezaba ya á convenir mas á la estension del territorio que debia gobernar y que trataba de engrandecer.

En Europa se cree que el sultan pasa su vida ociosamente gozando de las delicias de un sibarita; pero la siguiente noticia acerca de sus ocupaciones bastará para desvanecer una idea tan inexacta.

El soberano turco despacha dos veces al dia con el gran visir, y está obligado á rezar en cinco horas

distintas las oraciones que son de precepto para todos los musulmanes, sin poder durante este tiempo, que no baja de tres horas diarias, tratar de ningun otro negocio, y mucho menos tener mujeres cerca de sí. Además debe asistir á todas las sesiones del divan, que se reúne en el serrallo tres veces á la semana, consagrando cada sesion á un trabajo particular; de modo que un dia se ocupa en los negocios estranjeros, otro en los asuntos relativos á la administracion interior del estado, y otro en el exámen de todas las súplicas y reclamaciones particulares.

El sultan no se presenta nunca en el consejo de estado, cuya presidencia pertenece al gran visir, y en su defecto al mufti (1); pero desde una tribuna enrejada que del cuarto del Gran Señor vá á dar á la sala del divan, oye todas las deliberaciones; debiendo los ministros y consejeros hablar en voz alta para que pueda oír lo que se discute, conocer el celo y los talentos de cada uno, juzgar en los negocios diplomáticos de los varios dictámenes que oyere, y distinguir los que crea mas ventajosos al bien del estado y de su persona. Inmediatamente, despues de la sesion, está obligado el gran visir á darle una cuenta circunstanciada de los negocios en que se ha ocupado el divan, y de los diferentes pareceres ó resoluciones que se han adoptado; sujetándolo todo á su aprobacion. Además debe darle parte de cuanto interese al estado, ya sea interior ó esteriormente.

El sultan no manda de su propia autoridad cortar la cabeza á los visires, á los bajaes ni á otros individuos particulares, como vulgarmente se cree, pues todas las causas contra los grandes personajes, y todas las apelaciones que se hacen á S. A. se ven en el divan, y sus sentencias deben ir escritas desde el principio hasta el fin de letra del mufti; el cual despues que el consejo ha deliberado, aplica el artículo del Alcoran, y el Gran Señor no hace mas que confirmar la sentencia. Cuando esta es de pena capital contra alguna de las grandes dignidades del imperio, debe firmarla; pero en los demás casos basta con la firma del mufti, del gran visir, y de cierto número de consejeros.

Aunque el soberano es reputado como señor de las vidas y de las haciendas de sus vasallos, se entiende por esto solamente que puede disponer de las

unas y de las otras conforme á lo prevenido en las leyes del Alcoran; sin que sea visto que en Turquía se condene á muerte á ninguna persona, ni se le despoje de sus bienes, sino en virtud de sentencia dada por el tribunal competente.

Todos los dias recibe el sultan dos partes del intendente, jefe de los eunucos blancos, dándole en ellos noticia de lo que ha ocurrido en el serrallo, y de cuanto considera digno de su atencion relativamente á los dos colegios de esclavos jóvenes que se educan por el estado, y á los demás individuos de la servidumbre. Estos partes deben contener notas sobre todos los ramos de la administracion.

Tambien recibe S. A. otros dos partes, de los cuales el uno es del jefe de los eunucos negros, firmado por la regenta del colegio de las doncellas, dando cuenta de todo lo que ha pasado en dichos establecimientos, de sus pedidos para la satisfaccion de sus respectivas necesidades, etc.; y el otro es de la superintendente de las sultanas, cuyo empleo se confiere á la sultana validada, madre del emperador. Luego que este lee ambos partes, dá las órdenes que juzga convenientes.

Por lo regular visita el sultan todos los dias á su madre para besarle la mano y asegurarse en persona de su salud, practicando lo mismo con las sultanas que estan enfermas.

Muchas veces asiste á los ejercicios gimnásticos y de equitacion de los jóvenes educados en el serrallo con el fin de conocer el carácter, ánimo y talento de cada uno. Precedido el exámen de sus conocimientos en el Alcoran, en las lenguas y en la historia, y despues de haberse asegurado por sí mismo de su capacidad, es cuando los coloca en el ramo en que pueden ser útiles sus servicios. Todos los sultanes aprenden en su juventud un arte mecánica, en consideracion á un precepto del Alcoran que prescribe el trabajo; y las mas veces elijen el oficio de tornero, construyendo flechas y arcos, que usan ellos propios ó regalan á los jóvenes educandos. Varios príncipes mahometanos han sido protectores ó mecenases de los sábios, aunque no fuesen de su creencia, y otros han cultivado por sí las ciencias; pero siempre prefieren los conocimientos administrativos y militares.

(Se continuará.)

(1) Jefe de la religion mahometana.